

¿BUSCAR EN EL OCASO?

(Sobre un poema de *Soledades*)

Si la coherencia de toda la visión poética machadiana y la fidelidad del poeta consigo mismo son indudables, tampoco se puede negar a estas alturas, como en 1924 lo negaba implícitamente Cansinos-Assens, que hay una evolución sustancial, constatada y reconocida por el propio don Antonio desde los breves prólogos que redactara en 1917 y 1919 con destino a varias reediciones de sus obras.

Las frecuentes relecturas de estos últimos meses, al hilo fervoroso de su centenario, han dado pábulo a mi sospecha de si aquella inicial tesitura melancólica, aquella inclinación nostálgica que, a veces, roza la angustia a lo largo de *Soledades*, no presenta ya síntomas de la transformación.

Desde el plano estético, ello es obvio en poemas como el número II (del volumen de 1907: *Soledades, galerías y otros poemas*), aquél iniciado con los versos

*He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas*

y que concluye

*Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos
descansan bajo la tierra,*

poema que es una cabeza de puente implantada por el realismo en la tierra transida de simbolismo compungido e imaginería ensoñadora.

Desde el plano ético, puede que esté menos ostensible, pero a mí me parece encontrarlo en una de las piezas más agravadas de matiz existencial, la que lleva el número LXXIX:

*Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?*

*Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón. ¡El viento helado,
y la noche que llega, y la amargura
de la distancia!... En el camino blanco*

*algunos yertos árboles negrean:
en los montes lejanos
hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?*

La desolación amarga del poema ha sido objeto de varias glosas. Seguramente fue la primera la de Bartolomé Mostaza¹, para quien es estremecedor «el símil de la loba famélica para expresar el alma aullante de deseo y búsqueda»². Por su parte, Antonio Sánchez Barbudo³ remarca la introspección que se convierte en la muestra que el poeta nos hace de sí mismo «mirando inexplicablemente el ocaso».

Más que el clima del poema en sí, cuya tragicidad ha sido muy bien glosada por ambos críticos, a mí me preocupa la pregunta, colocada como final de la primera estrofa y repetida como final de la tercera y del poema. Y colocada

de idéntica forma: incluso con el encabalgamiento que ejerce, claro es, una eficaz acción de reforzamiento en la inquietud de la búsqueda.

Una primera lectura puede inducirnos a percibir la esterilidad del verbo *buscar*, en este caso. *Qué buscas*, cuando el mundo es como tierra sin vegetación (*desnuda*), el porvenir es un *horizonte pálido*, vivir es un *amargo caminar*, lo que nos rodea es frío e inhóspito (*viento helado, árboles yertos*), si hubo alguna ilusión es ya como un sol poniente (*oro y sangre sobre montes lejanos*) y la vida misma es irrefragable anochecer. El paso del tiempo, pues, sobre la existencia humana es un ocaso sin salida; buscar, es absolutamente inútil.

Pienso que acaso sin la anáfora, con una sola interrogación rematando el poema, esta lectura hubiera resultado más convincente. Pero partir de tan desoladora demanda, remachar la sensación de su inutilidad y, sin embargo, formularla de nuevo, creo que es motivo de sospechas. Sospechas, por supuesto, generadas hoy, a la vista de la obra total del autor y conocida su conducta en doble aspecto: de poeta (evolución hacia el realismo) y de hombre (actitud ciudadana).

Del poema emerge, a esa luz, la comprensión de que la vida es otra cosa, de que tal dirección crepuscular del espíritu no puede ni debe fomentarse, de que el poeta —el hombre— no tiene nada que buscar en el ocaso, porque es una dirección enfermiza y estéril. La tierra del continuo atardecer, la tierra de la noche de la existencia es pantanosa; sobre ella no puede edificarse nada ni el hombre puede ir siempre andando entre los llamazares de la angustia.

Qué buscas, poeta, en el ocaso equivale, pues, a *para qué buscar en la muerte*, donde no hay nada que encontrar. Es en la vida, en la realidad de la vida, donde puede hallarse algo. Bueno o malo, ya es otra cuestión; depende de los hombres y constituye un paso más al que llegará el poeta años después. Por ejemplo, en la muestra XXIX de «Proverbios y cantares», número CXXXVI de sus *Poesías completas*, dentro del índice de *Campos de Castilla*:

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar*

y todo el resto del breve poema, tan conocido, donde se nos hace sentir la necesidad de que el hombre se libere por el hombre mismo y la fuerza de la acción humana sobre el sentido de la vida. Porque sólo hay una cosa inevitable: la muerte —o el ocaso—. Todo lo demás debe depender de la libertad del hombre, de su capacidad para abrir caminos con su propia andadura ⁴.

En los poemas de Antonio Machado, desde su primera época, va ínsito el sentido de su evolución y se deduce la capacidad de enriquecimiento por sus múltiples sugerencias.

Leopoldo de LUIS

NOTAS

¹ «El paisaje en la poesía de Antonio Machado», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 11-12, Madrid, 1949.

² A Bartolomé Mostaza le preocupaba por entonces tanto el tema del alma aullante y de la búsqueda, que utilizó ese título: *Búsqueda* para su libro de poemas de aquel mismo año —1949—. Es una poesía de parecido talante existencial y sentido religioso que si se ha asociado más a la línea

de Unamuno, tampoco es ajena a la sombra machadiana.

³ *Los poemas de Antonio Machado*, Colección «Palabra en el tiempo», Editorial Lumen, Barcelona, 1967.

⁴ Me he ocupado de otros aspectos de este poema en mi libro *Antonio Machado, ejemplo y lección*, Colección «Clásicos y modernos», Editorial Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1975.

Lata
909

